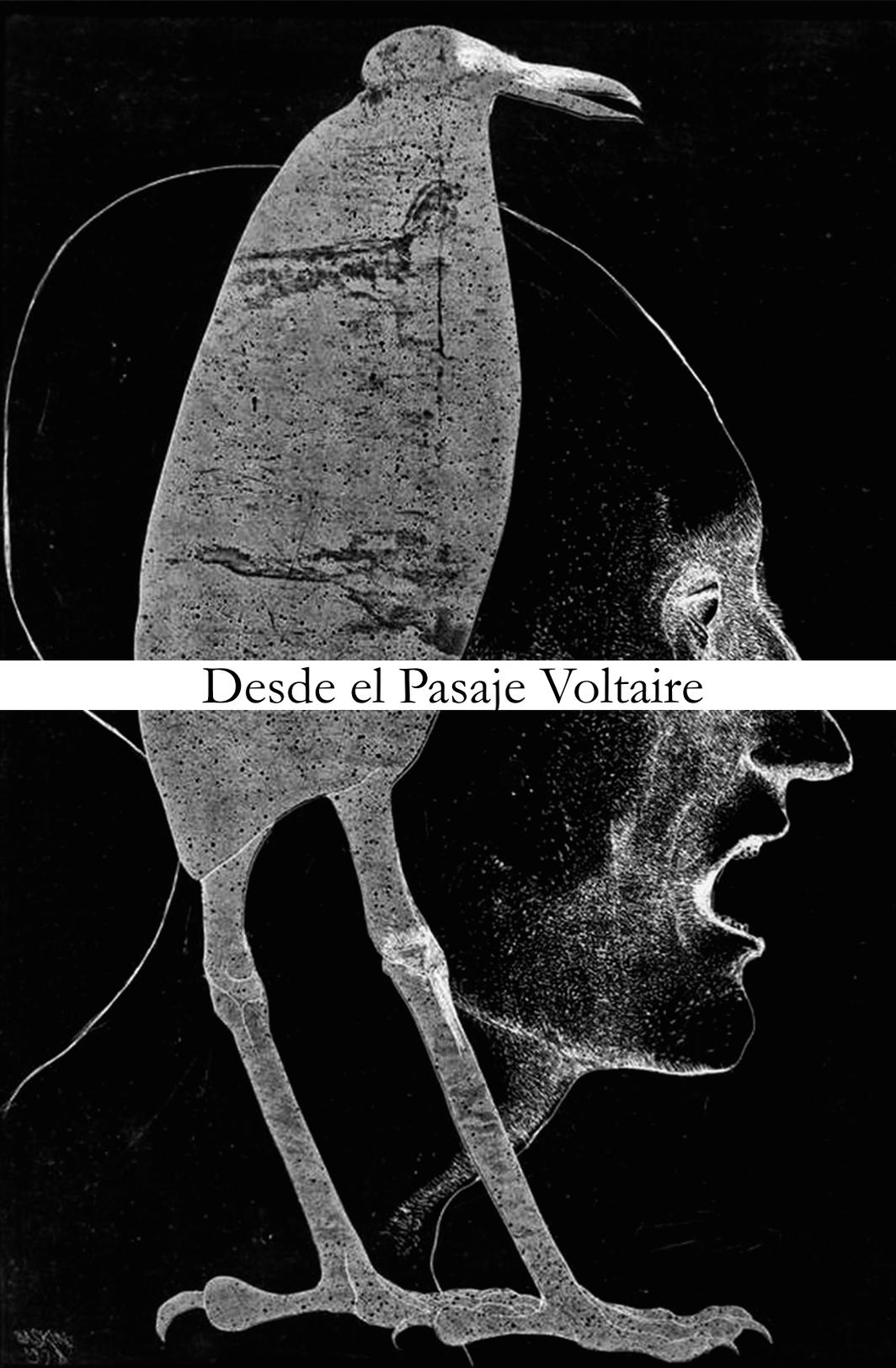


DESDE EL PASAJE VOLTAIRE

carlos barbarito





Desde el Pasaje Voltaire

378



Colección Libros
Imposibles

Desde el Pasaje Voltaire

Carlos Barbarito

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2024-

Barbarito, Carlos, 1955

Desde el Pasaje Voltaire / Carlos Barbarito --1ª ed.--

Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.

56 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 34 >

<Digital>

1. Poesía argentina. 2. Literatura argentina.

I. Título.

Primera edición, 2024

Colección Libros Imposibles #34

© Desde el Pasaje Voltaire

© Carlos Barbarito

Prólogo

Juan Antonio Rosado Z.

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico:

Floriano Martins

Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

El autor



*Creo que me gustó la poesía desde que descubrí la banalidad
de cualquier argumento y la imposibilidad de probar nada
sin la irritante seriedad de una demostración.*

EMIL CIORAN, *Ventana a la nada.*

JUAN ANTONIO ROSADO Z. | *Desde El Pasaje Voltaire*, de
Carlos Barbarito

Esos restos, esos despojos, esas cenizas desdichadas...

[...]

*...cuando la tierra entrebre sus abismos,
mi llanto es inocente y legítimos mis gritos.*

VOLTAIRE, Poème sur le désastre de Lisbonne
ou examen de cet axiome: tout est bien.

¿De qué se alimenta la percepción del poeta cuya mirada, cuyos sentidos penetran las realidades tras la realidad, ese poeta a la vez filósofo y antifilósofo, creyente y escéptico, sumiso a la palabra y en rebelión con ella? El alimento de la mirada poética no deja de ser a la vez el recuerdo y el proyecto, el ayer y el mañana, la inmaterialidad tras lo material porque en el hoy se tensa el hilo y quedan los extremos. Con una atmósfera como esta, el poeta Carlos Barbarito abre su libro *Desde el Pasaje Voltaire*, justo en la página del temor de lo que fue o será, de la quizá duda primordial y la sospecha del *todo está bien*.

Las palabras-hilos o el hilo de las palabras, ¿qué más da?, atisbadas por el ojo, no pacen en la paradoja de un paisaje lacustre sin lago: se tensan y, creo yo, tal es una –por lo menos una– de las claves de este y otros poemarios de Barbarito, cuya voluntad pone en tensión las palabras que van de la idea, de lo abstracto del concepto (la voluntad, por ejemplo) a lo tangible de una cama de hojas secas. La tela poética tejida con hilos tensos de símbolos estruja la mente del lector y la separa del mundo habitual para hacerla despertar en un incendio. Las figuraciones de Carlos van tejiendo al animal que huye del incendio, pero ¿cuál es entonces el oficio? ¿Es oficio la intemperie? No es posible determinar nada: de una presencia a otra, saltos mortales en la vastedad donde se deja atrás el crepúsculo, pero se está ante el otoño porque todo es hueso y todo hiere. ¿Es el atardecer,

el quiebre tras el terremoto, tras la caída de las cenizas que oscurecen y transfiguran la realidad? Independientemente del Pasaje Voltaire de Buenos Aires –y más allá de la cultura popular que encierra la frase–, ¿la elección del nombre que también encierra al filósofo francés que gritó su furia e indignación tras el terremoto de Lisboa radica, consciente o inconscientemente, en ese ocaso, en ese quiebre?

El flujo de imágenes –algunas delirantes, oníricas, en apariencia desconexas– recae siempre en la sugestión visual y en la sensorialidad. Por eso tal vez la sombra sea una presencia tan clara, tan pura: el *farol en sombra*, la sombra vital que ignora, pero sobre todo, *alguien*, un pronombre indefinido. A *alguien* le da el viento en pleno rostro y hasta entonces se anula su identidad: deja de tener un nombre *para ser sombra en la sombra*. Ignoro si el poeta ha trazado una trayectoria de *alguien*, pero así lo parece: un alguien de repente soterrado y expuesto al tiempo inexorable, padre e hijo a la vez, muerte y vida.

Los versos delirantes, a veces atonales, hacen esguinces, suben, bajan por imágenes-*micromegas*, espaciales y conceptuales: la voluntad, pero también la culpa y la avaricia tropiezan con la euforia, y todas persiguen la vida, acaso sin complicidad, pero con éxtasis y complejidad de coloridos. Los versos hacen esguinces de pez: unos tropiezan; otros caen; otros hablan a la piedra mientras saltan de la página, del oído hacia el aire. ¿Quieren cultivar su jardín? Las sensaciones se entremezclan: lo táctil, lo visual, la entonación del soliloquio ante un laberinto que parece mapa. En realidad, no es ni el uno ni el otro; es la búsqueda del taumaturgo y el encuentro de sentido (el jardín ya cultivado): *halla en el mediodía cuanto, / sin ilusión alguna, significa*. Mas de la promesa quedan los vestigios, la corrupción del fruto, el desgarró, un *escombro de sol*: el terremoto, la erupción, el quebranto...

Las palabras, las frases adquieren de repente una cara reflexiva, quizá *filosófica*, ¿en pos de alguna unidad? Huyen sin

embargo, y el yo lírico, mero testigo inmóvil, envejece sin hallar respuesta. ¿Hay respuesta, además del cultivo de la palabra en el jardín literario? Mientras tanto, tuerce un poco más el eje del mundo y el aire se torna quebradizo: «hace ladrar a los perros cada anochecer; / de un momento a otro lo seguro se invierte / y deja tras de sí arenas y cenizas». En esta secuencia, en este *continuum* de versos, hay una poética de la ruptura, de la fragmentación: el niño se niega a jugar y hasta el reflejo de la luna ya no conmueve. Es quizá la poética de la orfandad, pero sobre todo es un libro de interrogantes ante lo espectral que se va volviendo cuanto nos rodea, ante el silencio y la «peste que vence a los árboles», ante el nido vacío y la pérdida de los contornos, ante el «fuego que no ilumina» y lo que pierde esencia y matiz. Y sin embargo, sin embargo... entre la oscura visión del poemario, se atisba, se cuece alguna posibilidad que podría fecundar la tierra quemada (otra vez el posible cultivo del jardín más allá de la candidez optimista); alguna creencia, pese a la reducción a «panal deshabitado», pese a la cosificación que implica lo inhumano y la crueldad del entorno.

Este poemario (¿o debo decir «este poema»?) nos deja con esa sensación del perro sin nombre que ladra en un baldío «donde alguna vez hubo una casa», con la contemplación de la caída de un castillo de naipes, cuando el azar mismo se derrumba como las construcciones en un terremoto. Son las horas y los espacios fragmentados del presente humano, acaso la plenitud de la incertidumbre.

Aun con el peso del relámpago sobre sí, el poeta insiste en que el idioma *es suyo*, pese a que todo se dirija a la ceniza, imagen quizá recurrente, o por lo menos partícipe del universo poético de Carlos. Cenizas, lluvias de carbón, lo estático, los soles helados... Se siente de repente una atmósfera de quiebre que intenta erguirse con dignidad en un lenguaje ajeno a toda certeza, a cualquier dogma, a cualquier atisbo de fanatismo, pero también a cualquier atisbo de optimismo fácil o ingenuo, como lo quiso Voltaire (con o sin Pasaje) cuando, tras el terremoto

de Lisboa de 1755, cuestionó el sentido de nuestros pasos por el pasaje de la vida, y reflexionó en torno al mal que nos vigila. En suma, no nos enfrentamos a una poética de la evasión, sino a un poema inmerso en el entorno caótico en que nos ha tocado vivir y sobrevivir.



Abierto el Libro...

Abierto el Libro en la página del temor:
sangre y piel de lo que huyo.
¿Cómo es el mundo a la medianoche?
¿De qué tendón o hueso dependo?
Garganta de mendigo, espalda de ciego:
todo se reduce a números, a golpes
de puño contra el candado.
Anticipo el futuro; mañana será tarde
y sonará un coro abisal y perenne;
mañana como ayer para ningún brote,
nuevo y viejo cansancio al que sobrevuela
un dios mínimo con olor a sudor y prosa;
de eso me alimento para ser cada día más flaco.

El hilo se tensa. Así...

El hilo se tensa. Así
lo anuncia la órbita del ojo.
Al tensarse, se desala. Y el aire
se torna frío, espeso y frío.
Ninguno brinda con ninguno
y de la firma al pie
quedan un papel vacío,
un paisaje lacustre sin lago.
Al sótano entonces.
Entonces el farol en sombra.
Duerme una voluntad
en cama de hojas secas.
Otra voluntad despierta
y se siente extranjera,
ajena a cualquier especie,
separada del mundo, remota.

Animal que huye del incendio...

Animal que huye del incendio
y este oficio de intemperie:
se abre como si se rasgara y no se cierra.
Ademán. Costra de lo inalcanzable.
Lee y es orificio, laceración, uña;
cuanto ignora derrama su sombra
y trae rugosidad, tentáculo, linfa que cae
y no pule, no disfruta, no refluye.
Qué ebriedad, superación del ocaso,
justo saber ante la brisa del otoño;
todo hierde y no apuntala,
todo es hueso, vastedad inmedible,
desnudez ante semblante y signo,
vacía la telaraña, tan temprano como tarde.

Sé de alguien que anda...

Sé de alguien que anda y no regresa
de una mínima culpa
que cada anochecer torna infinita;
¿culpable de qué? si tiene las manos puras
y sin embargo las siente sucias.
El viento le da en pleno rostro
y entonces deja de tener un nombre
para ser sombra en la sombra;
cerca se rompe lo más precioso
sin dejar residuo alguno
y no logra desnudarse
y así vestido se interna en un agua
que se transforma en aire
y en el aire, vestido, se ahoga.
¿Y si huyera hacia el otro lado del mundo?
¿Hacia una casa arrebatada a la tempestad?
Pero, ¿qué lo sujeta, lo fija, lo determina?
¿Qué luna lo somete y qué sol lo devora
sin el auxilio de enjambres y bandadas?

¿Soterrado, expuesto?...

¿Soterrado, expuesto al fragor de las horas,
al horror que paraliza, a las llamas
de un incendio desatado e impiadoso?
No amaré, pregonan y no ama,
no alivia el crujir de las maderas,
no se despliega en abanico para perdurar
o, al menos, vivir un día más, algunas horas.
Así concluye, padre que es hijo,
hijo que es padre de un suelo nunca sólido
que al ser pisado cede.

En blanco y atonal...

En blanco y atonal, persigue a la vida
en acto y presente. Olvido de mar,
de cuenca de mar, de pez y euforia
de pez y torpeza y desventura;
hay quien tropieza, hay quien cae,
en un rincón oscuro se cuece
y junta avaricia por un tesoro
mal escrito, poseído por la herrumbre.
En blanco y atonal, repito,
cómo medir, pesar, sostener,
si el día trae risa de esclavo,
moneda falsa, llave que no gira;
no se abre ni un mínimo hueco,
ni un hueco mínimo
en la apretada materia
que torna efimeros
a mi mano, a tu mano, al relámpago.

Le habla a una piedra...

Le habla a una piedra
mientras el pez salta del agua hacia el aire.
¿Qué resbala de su mano
si ya no oye voces ni habla en lenguas
y tan solo profetiza la muerte
de un insecto que no tendrá
el consuelo del ámbar?
Quedan la entonación, el soliloquio,
el rostro falso del estarcido,
la nula sucesión en papel carbónico,
la diáspora trazada en un mapa
desplegado ante ojos vacíos.

Y, sin embargo, sobrevive.

Respira. Deshace el nudo...

Respira. Deshace el nudo
y abre la puerta al desnudo, la vida.
Adquiere luz, trepa, genera calor;
cubre la ausencia y finaliza,
lágrima blanca en el tallo del alba,
la espera. Ascende libre, sin jadeo,
halla en el mediodía cuanto,
sin ilusión alguna, significa.

Distancia que a la luz divide...

Distancia que a la luz divide,
hacia allí la sucesión de las horas,
el peso de la prosa,
lo que a tientas no halla el taumaturgo
o halla de la promesa sus vestigios;
en medio de la caída el fruto se corrompe:
tiranía de vencidas arterias
que desviste, aleja de sanidad,
de puerto. Urge
señalar al falsario, curar el desgarró,
descorrer lo que cubre
para encontrar debajo
un escombros de sol.

Se abre por un momento...

Se abre por un momento antes del anochecer.
Y luego se cierra, se funde con lo oscuro, su misterio.
¿Cómo impedir su huida,
si soy mero testigo, siempre inmóvil, nunca viajero,
desnudo que envejece sin encontrar respuesta?
Leo: *agua que rebulle signada por la torpeza.*
Y por esa torpeza todo me cerca y ofende.
Cierro los ojos y bebo.
Sorbo tras sorbo tuerzo un poco más el eje del mundo.
Un vaso vacío, ofrecido sin más, en oferta.

Pero a su lado el aire...

Pero a su lado el aire se vuelve quebradizo
y hace ladrar a los perros cada anochecer;
de un momento a otro lo seguro se invierte
y deja tras de sí arenas y cenizas;
hay un niño que se niega a jugar
como hay reflejada en el agua una última bandada.
¿Qué guarda la caja en su fondo?
¿Por qué el reflejo de la luna ya no conmueve?
¿A qué asilo se encamina la orfandad?
Una hora madura sin ser fruto
y cae donde el agua se revuelve:
reserva la voluntad su bala de nieve
y cruje la madera en el silencio más nocturno
y se pinta de negro el revés del hueso
y alguien dice *entonces...* y cierra el libro.
¿Quién proveerá en el instante del relámpago?
¿Sirve olvidarlo todo, comenzar todo de nuevo?

¿Se levantarán y comenzarán a andar?...

¿Se levantarán y comenzarán a andar,
los desnudos de piel cobriza
y los vestidos con ligeras telas
bajo un cielo por fin resuelto en ráfagas?
¿Se alzarán por fin, más allá
de toda asonancia, de todo resquemor,
hacia donde la respuesta crepita
y ya no hay necesidad de frotar
para obtener, puro, el fuego?



Vaga espectral por las arenas...

Vaga espectral por las arenas del mundo.
A qué razón o locura acude
mientras bebe el alcohol a pequeños sorbos.
Espectral vaga por la costra, el zurcido,
el sacrificio mal ofrecido, la peste
del primero y último fruto.
Lejos de mí vaga. No tuve
la decisión de retenerla,
de apretarla contra mi pecho,
de llamarla por su nombre verdadero
que jamás conoceré. Caen
las cenizas de lo que pudo ser entero,
completo de polo a polo,
cae lo que debió estar de pie,
despierto, iluminado, poderoso.

En silencio, dispuesto...

En silencio, dispuesto a la travesía,
aun sobre el ripio,
las cenizas más recientes o más antiguas.
Sabe del genio que ya ni invoca,
de la peste que vence a los árboles,
del oleaje frío que tiene lugar
en la costa escarpada;
hacia un Oriente tal vez sedoso y perfumado,
hacia una bahía plena y sin mal;
para reanudar la conversación
alguna vez interrumpida,
para recoger lo que parece perdido;
del ripio a una firme decisión,
de la estaca al vuelo en libertad,
del sofoco a un amplio respirar,
de la herida a la curación
impuesta por manos extranjeras
en una mañana con sol, ineludible.

Un nido vacío y un lento desdibujarse...

Un nido vacío y un lento desdibujarse
de gestos y voces; el tiempo avanza
y es madera que cruje;
aquí se vuelve sordo lo sagrado
y muda la cara de la moneda:
no asistirá la salud
y caerá de espaldas lo vivido;
breve signo en el inmóvil
candado del hospicio,
tumbada osamenta
en liquidación de feria
levantada en una tierra en lento desmoronarse;
nada o abismo, abismo o plegaria:
disminuye en gracia la memoria;
sin embargo algo, alguna cosa,
sin nombre todavía,
entre sombras y temblores,
adquiere, de a poco, una medida y un peso,
su destino: ser flecha de sueño,
piedra de luz, amuleto.

Arde la hierba en lo oscuro...

Arde la hierba en lo oscuro
con fuego que no ilumina;
a distancia el leve perdón
a cada bestia que, sin embargo,
bebe agua mala, enferma y muere;
arde sin epifanía, sin dirección,
sin anticipo de lluvias,
sin labor de artesano;
lo que ayer significaba
hoy pierde esencia, gravedad, matiz;
juego de niños ciegos,
alabanza de seres sordos y mudos;
nula provisión para los hambrientos:
abismo y abandono, exilio
mal dispuesto, arrojado a las llamas
que, tardías, se alejan
más y más de alguna respuesta.

En silencio se cuece...

A Luciana Kato

En silencio se cuece la fe del ave
que, en su vuelo, cierra la herida
del que descalzo emigra;
hay certeza de una vida
más allá de la obra vacía,
del teatro vencido por la avaricia,
de la errada suma que se extingue;
hay tejido o urdimbre o altura de nube,
hay en sus alas que se extienden
un deseo que la tormenta no logra acallar,
hay posibilidad cierta, concreta,
pulsación nunca esquiva, efímera;
en silencio se cuece,
idea de un atañor plantado en tierra
que procura ser, de una vez, celeste:
infancia que regresa,
permanece en el aire por un momento
y luego se derrama para fecundar
la tierra quemada, el desierto.

Una aproximación, una idea...

Una aproximación, una idea;
se empaña el cristal en el que me miro,
en total desnudez. La costa se aleja
dando gritos. Y la alegría
no encuentra marco,
decidida la obra, clausurada la puerta
al más amplio jardín, helechos y naranjos.
Qué me juzga ahora.
Qué me limita, tormenta o gravedad.

La inmortalidad terminó. Quedan...

A Beatriz Hausner

La inmortalidad terminó. Quedan
el polvillo de la tiza en el aire,
un enjambre aislado que entra en caos,
la mueca de alguien ante el espejo,
un rayo oblicuo, sin estruendo;
qué conversación de ahora en más,
qué viaje hacia el ancho golfo de los peces,
qué música de cuerpos desnudos que se abrazan.
Terminó el reino de lo secreto,
la gota de agua sobre el revés de la hoja,
la voz propia o ajena extendida hasta la delicia,
la luz azulina, el aliento del ave,
una corteza herida por el musgo..
Ahora subterráneo el vértigo.
Ahora sumergido el perfume.
Qué me desata en este instante, qué me juzga.
Qué me hace, separado de mí, su enemigo.

Qué creo poseer...

Qué creo poseer en la noche negra
sin estrellas: una firme creencia
en una voluntad sin desmayo,
en un inminente viaje sobre la arena
del mundo hacia el jardín prometido.
Pero delante de mí se ciñe
sin abarcar el fruto amargo y vacío
y se precipita el nido
como si ninguno lo habitase.
Pero el mínimo animal que cuido
se nutre de torpeza
y solo encuentra comunión
en el óxido y la bruma.
Pero lo sagrado sangra
en lo más profundo del vientre
y nada acude a curarlo;
quien hace memoria halla olvido
y falla en su íntimo oleaje el océano,
rumor sin sustento, voz
qué antes de ser se agota y apaga.

Quien anhela abriga entre sus ropas...

Quien anhela abriga entre sus ropas
un astro remoto. Astillas
al viento, vano propósito
de un desnudo extraviado en la muchedumbre;
no se cumple la lluvia prometida,
no tiene lugar a la hora anunciada.
Quien anhela pierde su moneda,
desgasta el metal sus días,
llora sin lágrimas en lo atestado,
señala hacia un punto sin valía,
sucedida la última anotación
en la carne expuesta de la res:
se hace tarde en el jardín
sometido a avaricia, a desgarró;
se hace tarde para el padre y su hijo,
en la pálida oferta de los huesos,
en lo que se propuso florecer
en un baldío extenuado, sin memoria.



Reducido a fantasma, a espora...

Reducido a fantasma, a espora, a óxido,
a panal deshabitado, a ola vacía,
a quejumbre, a ave desalada,
a arquitecto derrotado, a zapato enlodado,
a mano seca, inmóvil, a lengua sin hablante,
a manual erróneo, a mero aparato,
a sola espalda, a caja que no guarda,
a clavo desclavado, a empresa ciega,
vacía de ruta y voluntad,
a materia desgarrada que apenas
puede decir adiós, a juego fugaz,
a rama que quema el sol,
a raíz antigua que ya no bebe,
a voz que ignora, a vena que no sostiene,
a sueño que se hunde
en una fiebre inhumana y cruel.

A un paso, el olvido...

A Ricardo Navarro

A un paso, el olvido, en la mañana tardía
de un duro invierno; seca
y amarga lluvia que a nada y a todo
se parece. Una lágrima
y entonces lo que el temor reúne.
Relámpagos, se abre una y otra vez
la herida. Remotos soles,
el alba no se pronuncia,
el verbo se ata a un tallo vacío.
El presente, sólo un pasado retocado.
El engaño persiste,
el mal se aloja, sin remedio a la vista.
Es el fruto que se ignora.
Es el ropaje que no viste,
ni siquiera disfraz.
Es la vida desnuda,
que no sostiene, no edifica ni calma;
es aquí, aquí y ahora,
la mano se hunde en el agua
y no recoge, música barata
ofrecida como himno
mientras un perro sin nombre
ladra en un baldío
donde alguna vez hubo una casa.

Atardece, las horas se inclinan...

Atardece, las horas se inclinan
y se rinden a la dictadura del guión;
lo levemente vislumbrado
se asemeja ahora a un mal paso,
a un bastón de madera mala,
a una cura tardía, ya sin efecto.
¿Entonces? Cae el castillo de naipes,
quebrado el plan, el dominio,
la sinrazón de una supuesta razón,
desnuda inocencia, sin apelación, desvaída.
¿Quedan sólo el deletreo,
la creencia en un fantasma,
en una pose torcida,
en un programa vacío, ahuecado?

Desaparecer, dice, qué esperanza.

Mío el idioma pero el relámpago...

Mío el idioma pero el relámpago
está siempre sobre mi cabeza;
el deseo es desmesurado
y no encuentra tibieza:
tarde conocí el mar
y más tarde aún la palabra bienhechora.
Ofrecido el remedio,
tiembla el muslo en dirección a la ceniza;
de qué justicia el diagrama,
de qué salud la costa en tinieblas.
Arde en plena marcha
y niega su herencia el cristal
por el que miro la tormenta;
qué se gana con contar las horas,
con medir lo inmedible,
con socavar el orgullo propio o ajeno.
Por el rabillo del ojo
y sólo en triste y fatal desnudez.

Enfila el ave...

Enfila el ave hacia el mediodía.
Deja atrás la sustancia fantasmal,
el peso de la creencia sin sostén,
la dura lágrima y el fruto amargo;
creo en su forma y ojo,
creo en su ala breve y ancho sentido,
creo en el lujo de su vuelo
que abandona sin dudar la orilla
para adentrarse en el mar.
Enfila. ¿Quién soy y no soy
para ser testigo, imantado a la tierra,
apenas vestido y desvestido,
triste criatura del barro?

A qué lugar me llevan...

A qué lugar me llevan
que no sea el lugar del que jamás salí;
en qué lugar naceré por fin
al cabo de las lluvias de carbón,
de la materia inmóvil,
de los soles helados,
de las bestias cautivas.

Se disipa a lo lejos...

A Floriano Martins

Se disipa a lo lejos,
en una muy cruel distancia,
trazo, gesto o razón,
signo de una vida jamás cumplida.
Sucedo: alguien acude
para hallar sólo sal en el plato,
lluvia seca, nunca variable,
faro que a la costa no ilumina;
qué pervive, ahora mismo,
qué se agota, mañana,
ante el niño que ignora;
se desata y ladra, aúlla,
resaca de un antiguo testimonio:
el mar se reduce,
el cuchillo pierde su filo,
lo que debiera anunciar
nada anuncia,
el remedio no remedia,
la fiebre debilita, consume;
por favor, una ebriedad,
un desnudo tumbado en la arena,
una voz cierta,
una cierta constancia,
un milagro: sordera
que de golpe y sin causa por fin oye.

SOBRE EL AUTOR



Carlos Barbarito: Pergamino, Argentina, 1955. En poesía editó: *Poesía quebrada* (Mano de Obra, Buenos Aires, 1984); *Teatro de lirios* (Fundación Alejandro González Gattone, Pergamino, 1985); *Éxodos y trenes* (Último Reino, Buenos Aires, 1987); *Páginas del poeta flaco* (Filofalsía, Buenos Aires, 1988); *Caballos y otros poemas* (Hojas de Sudestada, La Plata, 1990); *Parte de entrañas* (Arché,

Buenos Aires, 1991); *Bestiario de amor* (El primer siglo, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1992); *Víga bajo el agua* (Ediciones del Dock, Buenos Aires, 1992); *Meninas/Desnudo y la máscara* (Poesía. Ganadores del Concurso Nacional de Poesía Enrique Pezzoni 1992. Centro de Estudiantes Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Último Reino, Buenos Aires, 1992); *El peso de los días* (Ediciones Electrónicas Altamira, Buenos Aires, 1995); *La luz y alguna cosa* (Último Reino, Buenos Aires, 1998); *Desnuda materia* (Ediciones del Árbol, Buenos Aires, 1999); *Puntos de fuga* (Colectivo ZonAlta, Toluca, 2002); *La orilla desierta* (Andrómeda, San José de Costa Rica, 2003); *Piedra encerrada en piedra* (Hespérides, La Plata, 2005); *Les minutes qui passent* (Poietes, Foetz, 2005); *Figuras de ojo y sombras* (Birmingham Edit., Donostia, 2006); *Música humana y de paramecio* (Colección Manija, San José de Costa Rica, 2008); *Un fuego bajo un cielo que huye* (Baile del Sol, Tenerife, 2009); *Cenizas del mediodía* (Praxis, México D.F., 2010); *Feu sous un ciel en fuite*; traducción de Patrick Cintas (Le Chasseur Abstrait Éditeur, 2010); *Paracelso* (Barcelona, Excodra, 2014); *Falla en el instante puro* (Botella al mar, Buenos Aires, 2016); *Radiación de fondo* (dos ediciones: Abrece, Montevideo, 2018; clinamen, Buenos Aires, 2018); *Materia desnuda* (Wolkowicz Editores, Buenos Aires, 2020); *Lugar de apariciones* (en conjunto con Sergio Bonzón, collages) (Wolkowicz Editores, Buenos Aires, 2021). *A la espera de una danza* (libro de artista, ejemplar único, con collages de Sergio Bonzón, 2022); *Asilo de lo fugaz y Ese secreto desierto* (tira de 15×15 cm., manuscritos y

dibujos de Gabriela Aberastury, 2022); *Eros* (caja con tiras de poemas y dibujos de Gabriela Aberastury, 2024). En cuanto a sus publicaciones referidas a las artes plásticas: *Acerca de las vanguardias, Arte argentino siglo XX*, Comisión de Homenaje a Jorge Feinsilber, Buenos Aires, 1990; *Roberto Aizenberg. Diálogos con Carlos Barbarito* (Fundación Federico Jorge Klemm Editora, Buenos Aires, 2001); *Norma Bessouet* (capítulos de Investigación, materiales y procedimientos y cronología, dirección editorial de Ezequiel Díaz Ortiz y Gabriela Aberastury, cmyk, Buenos Aires, 2020). Figura en: Silvana Castro; Dirección y crítica literaria: Pedro Orgambide; *Breve diccionario biográfico de autores argentinos desde 1940* (Buenos Aires, Ediciones Atril, 1999; *Oswaldo Svanascini: ABC de las Artes Visuales en la Argentina* (Buenos Aires, Arttotal, 2006); *Rocco Carbone y Marcela Croce: Diccionario Razonado de la literatura y la crítica argentinas, Siglo XX, Tomo I. A-G* (Buenos Aires: El 8vo.loco ediciones, 2010).



Desde el Pasaje Voltaire de Carlos Barbarito se terminó de ensamblar en su versión digital en diciembre de 2024. En su composición se utilizaron los tipos: Minion Pro, Californian FB y Garamond: 10, 12, 14, 18.



2024



**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024**